PRIMERAS PÁGINAS DE LA RATONCITA REBELDE DUALES V

¡Spoiler alert!

Sí no conoces esta saga, NO LEAS EL CONTENIDO DE ESTE PDF y lánzate primero a la aventura de descubrir, poco a poco, el mundo de los duales.

@pujadascristina

NOTA DE LA AUTORA

Sé que a muchos os apetecía leer la historia de Melissa, Minnie para muchos de nosotros. No podía no escribirla y, finalmente, en apenas una semana la podréis leer completa. En cualquier caso, muchos me habéis preguntado por la última frase de la sinopsis y ya estáis haciendo vuestras predicciones sobre quién será él.

No voy a confirmar ni desmentir nada, pero creo que este primer capítulo habla por sí solo. O no… ¡Ya me contaréis!

Para esta saga he preparado, con mucho cariño, unas sobrecubiertas con relieve y solapas que espero poder tener disponible a mediados de junio y que podréis comprar en mi página web o contactando conmigo a través de Instagram. Cuando las tenga disponible os lo haré saber por mail 😉

Animaros, como siempre, a dejar vuestros comentarios en Amazon y Goodreads cuando ya hayáis devorado el libro para animar a otros lectores a conocer el mundo de duales, una saga que me hace feliz que haya sido la inspiración para la raza de Doppels de #UnLegadoImpuro, mi primer libro con @edicionesB_es que, si aún no conoces, no puedes perderte.

¡Feliz lectura!

Mayo 2023.

Cristina

I
Julián

El timbre del interfono sonó tan solo una fracción de segundo. De hecho, dudo que lo hubiera escuchado si no fuera porque en ese momento estaba haciendo estiramientos en medio del comedor sin más ruido de fondo que mi propia respiración.

Me había pasado la noche patrullando en un coche, cuyos asientos eran de todo menos ergonómicos, y mis lumbares habían acabado resentidas.

Me enderecé, molesto por la interrupción, antes de mirar el reloj de pared: eran las diez de la mañana y no podía quejarme de que la gente llevara una vida normal, con unos horarios y unos trabajos que se ajustaran a eso que llaman ritmo circadiano y no a turnos que acababan haciéndose eternos y que fluctuaban como las mareas.

En unas pocas zancadas llegué al telefonillo blanco que había junto a la puerta de entrada. No es que fuera excesivamente largo de piernas, aunque lo cierto es que sobrepasé el metro ochenta a los diecisiete; mi proeza en lograr semejante hazaña —llegar al interfono— venía condicionada, más bien, por el tamaño del piso, una caja de zapatos que no llegaba a los sesenta metros cuadrados.

Había sido mi hermana Sophie quien se había enamorado del pequeño apartamento. Como cumplía las dos condiciones que le había puesto cuando le pedí que me buscara algo decente en donde instalarme, firmé el contrato de alquiler sin poner ninguna pega.

No soy hombre de grandes ambiciones, así que, me había limitado a encargarle que me encontrara algo que estuviera a menos de diez minutos de su casa y cuyo precio no sobrepasara una cantidad razonable, porque mis nóminas eran las de un funcionario cualquiera y, la verdad, prefería un piso pequeño que no verme obligado a compartir piso.

La primera condición pretendía ser práctica, ya que si había decidido pedir un cambio de destino para instalarme en aquella ciudad era por ella. En ningún momento oculté ese detalle en concreto, algo que a su pareja le irritaba y a mí me divertía, si el condenado gato no andaba suelto. A Gabriel creo que ya le había pillado el tranquillo, pero al jaguar… ese maldito depredador me ponía los pelos de punta, especialmente cuando me miraba con esos ojos brillantes que parecían no ser del todo de origen animal. No lo eran, supongo.

—¿Sí? —No vi a nadie en la pantalla del videoportero, pero escuché el típico ruido que hacía la puerta de entrada del edificio al cerrarse.

¿Correo comercial? Era lo más probable. Tenían la irritante manía de apretar la mitad de los botones del panel y supuse que alguien se me había adelantado a abrirles. Siendo sincero conmigo mismo, sabía quién habría hecho justamente eso.

Hacía tiempo que sospechaba que mis dos vecinas octogenarias del segundo tercera y el sexto segunda se pasaban el día fisgoneando lo que pasaba en la calle mediante la pantallita que por lo visto habían instalado hacía un par de años.

Ignoré la puerta que me quedaba a mano derecha, la que daba a una pequeña habitación que usaba a modo de despacho, y llegué al espacio que hacía de comedor y distribuidor al mismo tiempo. Si una cosa tenía el piso era que estaba todo tan encajado que no se perdía ni un solo metro cuadrado.

En el centro del comedor había una mesa redonda con cuatro sillas y un gran mueble que probablemente había sido de la abuela del propietario, porque estaba decorado con molduras y filigranas que podían calificarse de muchas formas, pero no como de líneas modernas; creo que solo un coleccionista de cosas horteras lo apreciaría como se merecía. Justo a mano izquierda había un minúsculo distribuidor en el que mi hermana Sophie había instalado un pequeño mueble que apenas sobresalía un palmo para no entorpecer el acceso a la cocina y al baño. He de admitir que, teniendo en cuenta las dimensiones del apartamento, ambas piezas eran grandes y, lo más importante, estaban en perfecto estado.

En la pared que quedaba frente a la entrada del piso había dos puertas que daban a las dos habitaciones principales. Me había quedado la más grande como dormitorio y en la otra había creado una especie de sala de estar que cumplía también la función de habitación de invitados. Para ello, había comprado un sofá *chaise longe* reconvertible en cama de matrimonio y había instalado sobre un mueble de líneas modernas bastante minimalistas la televisión, algo que resolvió el problema, ya que en el comedor apenas me habría cabido un sillón con el armatoste que cubría la pared principal y el espacio que ocupaba la mesa.

Usar una habitación como sala de estar me pareció la opción más lógica para poder invitar a mis compañeros a beber unas cervezas cuando había partido o, si se animaban, comer *pizza* y jugar a la consola.

Lo que sí tenía el piso, incluso si yo apenas lo disfrutaba, era luz durante todo el día. Era una de esas fincas tan poco habituales que daba a dos calles: por la mañana la luz bañaba el despacho, la habitación principal y el comedor y a la tarde la luz se colaba por la ventana de la sala de estar, la cocina y el cuarto de baño. Aunque no disponía de terraza, había un pequeño balcón tras los grandes ventanales del comedor en los que Sophie había puesto un par de macetas con cuatro flores cuando habíamos inaugurado el piso, aunque en esos momentos estaban ya más muertas que vivas. Creo que ambos sabíamos que ese sería el trágico destino que les esperaba al ser ubicadas en mi piso de soltero, como solía bromear ella al hablar de mi muy querida caja de zapatos en la que me había establecido.

Admito que para alguien acostumbrado a vivir en un pueblo de campo, disponer de luz natural en cantidad ayudaba a no sentir demasiada nostalgia de la vida que había dejado atrás.

Abrí el agua de la ducha, dispuesto a dejar que el calor acabase de relajar mis doloridos músculos, pero sonó el timbre de mi piso. Fruncí el ceño porque dos interrupciones en tan poco tiempo cuando aún no has dormido ni un par de horas son poco más que un sacrilegio.

Ni siquiera me molesté en ponerme la camiseta que había lanzado al cubo de la ropa sucia. Descalzo, vestido solo con unos pantalones de estar por casa, fui a ver quién era el desalmado que parecía dispuesto a fastidiarme la mañana.

Más por costumbre que por desconfianza, miré a través de la mirilla de la puerta y me sorprendió encontrarme con la silueta de una chica. No podría decir mucho de su aspecto, tan solo que tenía el pelo entre caoba y negro, ligeramente despeinado, y que mediría alrededor del metro sesenta. No pude ver ningún detalle de sus rasgos porque miraba al suelo fijamente, como si hubiera algo de lo más interesante ahí.

Abrí la puerta y supuse que la había sobresaltado porque todo su cuerpo tembló y cuando centró su mirada en mi persona, vi que sus pupilas estaban totalmente dilatadas. Me quedé quieto, sin intención de asustarla más de lo que ya estaba. No tenía pinta de repartidora ni de comercial, así que…, ¿qué diablos pintaba frente a mi puerta?

Esperé.

Y seguí esperando.

Hasta que llegó el momento en que mi paciencia se agotó: el agua aún corría en la ducha y la chica parecía dispuesta a quedarse allí el resto de la mañana. Yo no.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Hola?

—Hola…

A este paso no llegaríamos muy lejos.

Sus ojos eran de un tono marrón oscuro y tenía alguna que otra peca salpicando sus mejillas y su nariz aguileña. Hubiera dicho que era poco más que una niña si sus curvas, generosas en los lugares apropiados, no evidenciaran que ya era una mujer. ¿Veinte? ¿Veintipocos?

—Soy Melissa.

—¿Debería decirme algo ese nombre? —le pregunté repasando mentalmente las conversaciones que había tenido a lo largo de la semana. ¿Melissa? No, no me sonaba de nada. Fruncí el ceño; mi contestación la había sorprendido y asustado a partes iguales. Apretó los labios y creo que hasta le temblaban un poco las manos cuando intentó justificarse:

—Yo… Sophie…

—¿Sophie?

—Sophie me dijo…

—¿De qué Sophie estamos hablando? —le cuestioné porque no soy de dar más información que la que recibo. Supongo que es algo que viene por mi formación como policía.

—Tu no hermana —dijo a trompicones—. Tu hermana, quiero decir… sé que no sois hermanos… pero no quería decir eso… yo…

—Vale —le corté antes de que una de mis vecinas octogenarias, sí, las metomentodo, decidieran preguntarle a Melissa por qué Sophie era mi «no hermana»—. ¿Qué te dijo Sophie?

—Ruth ha ido a Colonia —afirmó. No tengo claro cómo consiguió pronunciar aquello y que llegara a ser algo comprensible al mismo tiempo, porque se estaba mordiendo el labio inferior mientras hablaba, como si lamentara decir aquello por algún motivo—. Yo me tenía que quedar con ella, pero Roy… Sophie dijo…

—Sophie dijo… —la animé.

—Que podía quedarme contigo —soltó de golpe, junto a todo el aire que tenía retenido en los pulmones.

—¿Quedarte conmigo? —Creo que di un paso atrás porque desde luego esa no me la esperaba. Miré a la chica con curiosidad. ¿Una amiga de la facultad? ¿Colonia? ¿No era donde estaba la sede de los duales? ¿En qué narices se habían metido Ruth y mi hermana esta vez? Y, lo que más me molestaba, ¿por qué no me había contado nada?

—Yo… no conozco la ciudad. No puedo usar mis tarjetas y apenas tengo dinero en efectivo…

Me froté la frente, confundido.

—¿Por qué no puedes usar tus tarjetas?

—Tengo miedo a que las localicen —susurró y su mirada volvió al suelo. Miré en esa dirección, esperando encontrar algo, pero no había nada: solo baldosas ajadas y sin brillo.

—¿Quién querría localizar tus tarjetas? —le pregunté, haciendo acopio de una paciencia casi infinita.

Elevó la mirada, pero no me contestó.

Genial.

Había estado con suficiente gente en apuros, a lo largo de mi vida, como para saber que la mujer frente a mí formaba parte de ese grupo. Que Sophie me la enviara no tengo claro si era algo bueno o malo. Que confiara en mí estaba bien, supongo, pero que no me hubiera contado nada al respecto no me daba buena espina. Ese tipo de cosas no eran propias de mi hermana, aunque de Sam, su gemela, sí me esperaría cualquier tipo de encerrona.

—¿Cuándo decidió Sophie que sería una buena idea que te instalaras conmigo? —le pregunté sin acabar de decidirme a dejarla pasar.

—Supongo que anoche. —Se la veía tan desvalida que admito que me ablandó un poco—. Me lo ha dicho esta mañana.

—De acuerdo —cedí, haciéndome a un lado para que pudiera pasar—. He tenido turno de noche y me dejé el teléfono en casa, voy a ver si ha tenido la decencia de dejarme, al menos, un mensaje explicándome semejante regalito…

—Yo… lo siento.

—Más lo siento yo —mascullé cerrando la puerta con un golpe seco.

Vi que los ojos se le empañaban y me sentí la peor persona del mundo. ¡Joder! Que me hice policía para ayudar a la gente, no para hundirlos en la miseria. El instinto de ayudar era en mí algo innato y jamás me había planteado limitarlo a mi horario laboral. Me había pillado cansado y fuera de juego, pero ella no tenía la culpa.

—Disculpa, Melissa, no quería decir eso. —Quise apoyar mi mano sobre su hombro en un gesto que pretendía ser amistoso, pero dio un respingo para alejarse de mí y colocar la espalda contra la pared, advirtiéndome de que me consideraba una maldita amenaza. Por lo visto la había cagado desde el minuto número uno—. Vale, está claro que no vamos bien. Será mejor que volvamos a empezar por el principio: soy Julián.

Le tendí la mano. Dudó durante unos segundos, pero al final me la estrechó.

—Melissa Mercre.

—Bienvenida a mi humilde morada. —Intenté que sonara a broma, pero su expresión seguía siendo asustadiza—. Eres amiga de Sophie de…

—La conocí hace poco. —Solo llevaba una mochila negra a su espalda. Nada más. Ninguna maleta de mano. ¿Significaba que aquella sería una estancia breve? ¿O acaso no había podido llevarse demasiadas cosas con el cambio de planes?

—¿Cómo de poco?

—Soy… amiga de Laura.

—Laura…

—Laura Grant. —Genial. La hermana de Gabriel. Otra pieza.

Observé a la chica frente a mí. ¿Qué pintaba Melissa con ella? Quizá era un mundo que me venía un poco grande, pero desde luego ella no tenía aspecto de formar parte de *ellos*.

Duales.

Me obligué a recordar que Laura se relacionaba también con humanos. La prueba ferviente de aquello era Ruth, una chica de sonrisa fácil que parecía adorar a los gatos en vez de aterrarle. Había crecido con ellos, supongo que eso marcaba la diferencia. Sin embargo, existía la posibilidad de que la mujer frente a mí fuera uno de ellos, una dual, aunque no había nada en ella que me recordara a los Grant: no había rastro de ese punto de arrogancia y soberbia que los caracterizaba, de las miradas directas desafiantes y un tanto altivas y de ese aire de quien, en el fondo, es un maldito depredador.

Más por profesión que no por sentido común, decidí no descartar esa posibilidad, incluso si no era muy plausible.

—Y conoces a Laura de…

—Colonia.

Mierda. Pues igual sí que estaba metiendo a un lindo gatito de garras y afilados colmillos en mi caja de sesenta metros cuadrados. Gracias, Sophie, en serio.

—¿Debería preocuparme?

—Sí.

—¿Has dicho que sí? —le pregunté sorprendido y ella se sonrojó por completo, haciendo que me entrara una risa que era muy poco apropiada y un tanto absurda—. No me lo tengas en cuenta —me disculpé—. Necesito dormir un rato.

—Prometo no molestarte, ni te darás cuenta de que estoy aquí —murmuró.

—Sí, claro, después de que me digas que debo preocuparme —le contradije cruzando mis brazos sobre el pecho. Sus ojos se desplazaron en esa dirección, pero bajó la mirada al suelo casi al instante. Ahí recordé que yo estaba medio desnudo y ella no parecía especialmente cómoda con eso en concreto.

No supe qué decir o cómo justificarme al respecto, pero, a ver, yo estaba en mi casa y, desde luego, no esperaba visitas de mirada escurridiza que se sonrojaban y me rehuían como si mi comportamiento fuera peligroso y poco decoroso al mismo tiempo. Igual hasta le molestaba que respirara.

—Yo no… —trató de decirme algo, pero se quedó a medio camino.

—¿No qué?

—No soy peligrosa.

—Supongo que eso ya lo veremos —le contesté, sonriéndole. Parecía cualquier cosa menos peligrosa, pero no quería confiarme porque aún no tenía ni idea de quién era ni qué hacía en mi piso. Mejor no dar las cosas por sentadas—. Te enseñaré la casa. Esta puerta da a mi despacho.

Caminé un par de pasos hasta llegar al pequeño distribuidor y abrí la puerta del cuarto de baño para encontrarme el espejo empañado y un clima tropical que mucho tenía que ver con el agua caliente que caía de la alcachofa de la ducha. ¡Lo que me gustaría estar metido allí debajo y no haciendo el ridículo con una desconocida! Sophie tendría que explicarme muchas cosas.

—La cocina —añadí señalando con el mentón la otra puerta, parcialmente abierta.

Cuando intenté dejar el distribuidor libre, se apretó tanto contra la pared para que no la tocara que casi se funde en ella.

No es que hubiera sido el anfitrión más hospitalario del mundo, pero su forma de comportarse seguía demostrándome cuan incómoda estaba conmigo pese a mis esfuerzos de normalizar el lío en el que nos había metido a los dos Sophie.

Había otra posibilidad para justificar su comportamiento, un motivo por el que alguien como Sophie podría haber decidido enviármela para no tengo claro exactamente qué durante unos días. Algo que podría justificar sus miradas huidizas y por qué evitaba cualquier tipo de contacto físico conmigo. Si fuera una amiga cualquiera de Sophie de la universidad, lo más probable es que hubiera aprovechado la ocasión para lanzarme alguna que otra miradita más o menos indiscreta beneficiándose del hecho de haberme pillado medio desnudo. No sería la primera chica que se acercaba a Sophie para entrarme luego, algo que era tan ridículo como molesto.

Con todo, incluso si yo no formaba parte de los EMUME, el equipo de la Policía encargado de la violencia de género y la protección de menores, tenía formación suficiente como para detectar conductas que seguían patrones sospechosos. El

comentario que había hecho sobre alguien intentando rastrear sus tarjetas de crédito tampoco podía considerarse normal. No descartaba que estuviera huyendo de alguien, motivo por el que mi hermana podría enviármela sin comentármelo previamente. Otras cosas no, pero me implico en ese tipo de problemáticas y tengo los recursos y los contactos necesarios para hacer algo.

Mi gran duda era: ¿qué era realmente Melissa Mercre? ¿Humana o tal vez una atípica dual? Había dos datos a favor de lo segundo, aunque me decantaba por pensar que era una chica de esas buenas y dulces que se ha echado por novio un malote al que pretendían reconducir, pero las cosas no acabaron como en las películas: del te quiero solían pasar a las discusiones, los celos, las amenazas o incluso a algo peor. Por mucha lástima que me inspirara, la veía más en ese papel que en el de formar parte de una superespecie en parte animal, incluso si era amiga de Laura y venía de Colonia. Tal vez el novio en cuestión era un dual, algo que podría cuadrar con la historia del novio malote que pasa a maltratador en un pestañeo, porque tenían esa parte un tanto animal que los hacía convertirse en gallitos hasta el punto de que a veces rozaban la gilipollez.

Esperaba que, llegado el momento, me contara su historia, pero, como no estábamos en esa tesitura y yo necesitaba dormir unas horas para poder pensar con claridad, no tenía prisa ni intención de presionarla en su actual estado de nerviosismo.

—Esa puerta da a mi dormitorio —le indiqué mientras abría la que restaba—. Usarás esta habitación, es la que suelen usar mis padres cuando vienen de visita.

—Gracias.

—¿Necesitarás algo más? —le pregunté. Negó mientras entraba en la sala de estar y cruzaba las manos sobre su regazo. Parecía una colegiala, incluso si no lo era—. ¿Seguro?

—Es perfecto —afirmó.

Para gustos, colores. Perfecto no era ni de lejos, pero estaba claro que se conformaría con lo que fuera: solo quería un rincón en el que esconderse y lamerse las heridas; algo que tenía que respetarle si pretendía ganarme su confianza y descubrir qué lastres arrastraba. El policía que había en mí ya había tomado la determinación de asignarse voluntario en su caso.

—¿Necesitas usar el baño?

—No.

—Entonces voy a darme una ducha y me acostaré un rato. Luego, si quieres, podemos comer juntos y hablar un rato. —Creo que eso la horrorizó, pero la verdad es que yo sí quería hablar con ella. Había dicho cosas raras, por no decir absurdas, pero aún más extrañas eran sus reacciones. Mejor analizarlo con la cabeza clara—. Una cosa, Melissa, ¿sabes hasta cuándo vas a estar aquí?

—No, mañana… —tartamudeó—. No sé qué pasará… igual los Grant vuelven el domingo… o el lunes.

—O para fin de año —murmuré, sintiendo que el agotamiento estaba empezando a hacer mella en mí—. Vale, no te preocupes, no hay prisa, ya lo gestionaremos de otra forma si vemos que se alarga. Aquí estarás bien, ¿de acuerdo?

Asintió, aunque su mirada estaba llena de recelo.

—¿Tienes algún prejuicio contra la Policía? —opté por preguntarle y negó con la cabeza. Vocabulario, no mucho, pero no se podía negar que sabía hacerse entender a base de gestos—. De acuerdo, voy a la ducha.

Y a matar a Sophie.

Dejé a la chica allí y entré en mi habitación para buscar el móvil que estaba enchufado a la corriente. No tenía la costumbre de llevármelo cuando patrullaba por una absurda manía mía de que no pudieran robarme algo personal cuando nos metíamos en alguna barriada. A veces acabábamos en lugares en los que muchos chavales se sentían lo más si conseguían robar un reloj o un teléfono a un policía. Hurtos sin más, pero a aquellos críos de dedos largos se les daban especialmente bien ese tipo de delitos menores y no tenía intención de tentarles.

Apreté el botón de encendido e introduje mi código. Un diez por ciento no era mucha batería, pero sería más que suficiente para escuchar los tres audios que mi queridísima hermana me había dejado en el wasap. Cogí el teléfono y decidí encerrarme con él en el baño. No tenía ni idea de qué o quién era la mujer que acababa de acoger y, a esas alturas, sabía que podía encontrarme a un jodido puma comiendo de mi bol de cereales cuando saliera de la ducha.

Ese no era mi mundo, pero me había visto implicado de lleno en él porque mi hermana pertenecía a esa superespecie de criaturas que poseían una dualidad animal con instintos y capacidades propias.

Pensé en la invitada que me había impuesto.

¿Era una dual?, ¿una humana del montón que huía de uno de ellos?, o… ¿acaso no tenía ni la más remota idea de que existían ese tipo de personas? ¿Qué diablos le había pasado para que se comportara de esa manera? Y, lo que era más importante: ¿qué podía hacer yo para ayudarla?